

La vendedora de nubes



**Elena
Poniatowska
Magda Montiel S.**

Ilustración Antonio Esparza

La vendedora de nubes

Texto: Elena Poniatowska y Magda Montiel S.

Ilustración: Antonio Esparza

Los marchantes llevan sus centavos liados en un pañuelo; otros los hacen sudar en la apretada cuenca de su mano. Hay que cuidar el monedero porque los jitomates están de “mírame y no me toques” y la romanita cuesta “un ojo de la cara”.

Huele a fritangas, a maíz tostado, a cebolla, a cilantro, a yerbas del monte. Huele bonito. Los vendedores ofrecen sus alteros de naranjas, sus sandías atrincheradas, sus pirámides de chile poblano que relumbran verde, sus montoncitos de pepitas de calabaza.





Entre los puestos atiborrados de mercancía, uno permanece vacío. Sin embargo, bajo el tendido de manta rosa, una niña se ha parado y espera:

—Bueno, niña, y tú ¿qué vendes?

—Yo, esta nube.

—¿Cuál nube?

—La que está allá arriba.

—¿Dónde?

—Aquí encima, ¿no la ve?



El señor ve que, en efecto, una nube aguar-
da a prudente distancia.



—¡Niña, las nubes no se venden!

—Pues yo la tengo que vender porque en
mi casa estamos muy pobres.

—Yo soy licenciado, niña, y puedo afirmarte
que las nubes no son de nadie, por lo tanto no
pueden venderse.



—Pero ésta sí, es mía: me sigue a todas partes.

—En primer lugar, ¿cómo te hiciste de ella?

—Una noche la soñé y tal como la soñé amaneció frente a mi puerta.

—¡Con mayor razón! ¿Quién vende sueños? La juventud de ahora anda de cabeza.

El licenciado se aleja refunfuñando. Tras él, una señora se detiene. Lleva puestos unos



collares tan largos que casi no la dejan avanzar, y brillan tanto que lastiman los ojos:

—A ver, ¿de qué es tu nube?

—De agüita, señora.

—¿Es importada?

—No, señora, es de aquí.

La señora arruga la nariz.

—Le puede regar su jardín —insiste la niña—, le puede adornar el ventanal de la sala.

—¿Para que parezca cromo? ¡Dios me libre! Las nubes son anticuadas. Decididamente tu nube no tiene nada especial.

La niña sonríe a la nube para animarla. “Olvida el desaire”, le dice.



Y todavía está con la cabeza en el aire cuando un político de traje acharolado medita frente a ella:

—Creo que tu nube, niña, puede ser un elemento positivo en mi campaña para diputado. ¿Sabrá escribir letras en el cielo?

—Depende de las letras.

—Las del nombre del candidato. Todos las verían escritas encima de la ciudad. Si vienes mañana al centro, a la sede del partido...

—¡Oh, no, señor! Yo al centro no voy y menos a una oficina. Allá hay mucho esmog, del más denso y negro, y se me tizna mi nube.

—Te pago un buen precio.

—No, señor, fíjese que no.

El político se da la media vuelta.

La niña permanece una hora en medio de su puesto, sin que nadie se acerque, a pesar de



que vocea como los papeleros: “¿Quién quiere una nube? ¿Quién compra una nube? Una nube limpiecita, sin esmog”. Hasta que se cansa y empieza a hablarse a sí misma en voz alta: “¡Qué hambre! ¡Lástima que no me pueda comer un pedazo de nube!” Y al oírla un militar la interrumpe.

—¿De qué hablas sola, niña; qué tanto murmuras?

—Le estaba hablando a mi nube, capitán; le vendo esta nube, una nube de verdad.



—Hum... Una nube... No lo había yo pensando, pero podría servir para esconder mis aviones. Nadie se atrevería a sospechar de una nube. ¿Sabe acatar órdenes tu nube?



—¡Oh, no señor! Sus aviones se verían de inmediato. Para pelear no sirve mi nube; ¿no ve usted qué blanca es y qué limpia es?

—Entonces, si no es para guerrear, no la quiero. ¡Hasta luego!

Un vagabundo, con su morral deshilachado y su sombrero agujereado, ha estado escuchando y sin más le sonríe.

—Y esa nube, niña, ¿es tuya?

—Sí, señor, ¿cómo lo adivinó?



—Pues por el mecatito del cual la traes amarrada. Yo también de niño tuve una nube y la llevaba jalando como un globo, nomás que se me perdió. Con la edad, se le van perdiendo a uno las cosas.

Un estudiante de mezclilla se metió en la conversación:

—A ver, niña, si te la compro, ¿cómo me la llevo?

—Pues desamarro el cordelito y usted la jala.

—¿Y en dónde la meto? En mi casa no va a caber.



—Sí cabe, cómo no, sí cabe. Nosotros somos siete y vivimos en un solo cuarto; yo, en la noche, la meto en una botella para que no ande nomás flotando por ahí, arrimándose a otras puertas; vayan a decir los vecinos que lo que quiere es que le regalen un taco.



—Bueno, y ¿qué come?

—Airecito, pero del limpio.

—Pero en la mañana, ¿cómo le hago si tengo que ir a clases?

—Nomás destapa la botella; la nube sale, bosteza, se estira, se alisa la falda, se esponja



y ya la puede usted sacar al patio para que se vaya para arriba de nuevo.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Dos setenta y cinco. Nomás cuídela usted cuando haya tormenta, porque se inquieta mucho; se pone negra de coraje porque ya le anda por irse con las otras. Eso es lo único.

El estudiante se amarra el mecate a la muñeca y la vendedora le da un jalón diciendo: “Vete, nube”.

El vagabundo y la niña se entristecen.

—¿Para qué vendiste semejante tesoro? ¡Lástima, lástima!

—Ahora mismo voy a recoger los palos de mi tendido para ir a comprar comida.

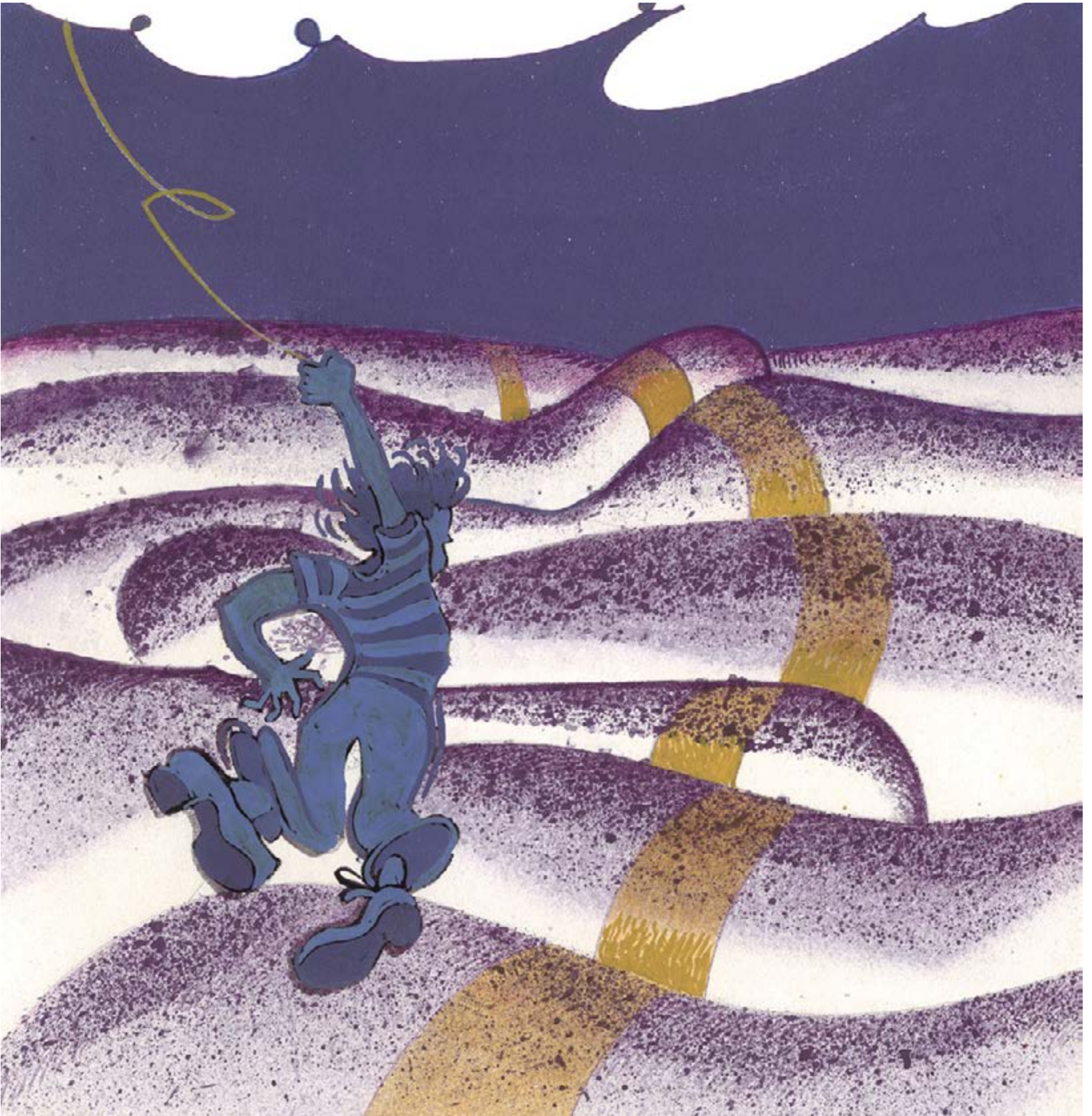
La niña y el vagabundo enrollan el toldo cuando regresa el estudiante:

—Esta nube a cada rato me jalonea, es muy retobona; por poco y me rompe el brazo. Mientras salíamos del mercado se comportó, pero ahora ya no la aguanto. ¡Es muy mustia! Dame mis dos setenta y cinco.

Inmediatamente, la vendedora le tiende los brazos a la nube.

—¿Y mi dinero? —se irrita el estudiante.





—Aquí está, aquí está... Es que la nube no quería ir y yo la obligué, y no es bueno forzar a las nubes.

La nube baja hasta quedar a los pies de la niña; el vagabundo, contento, ordena:

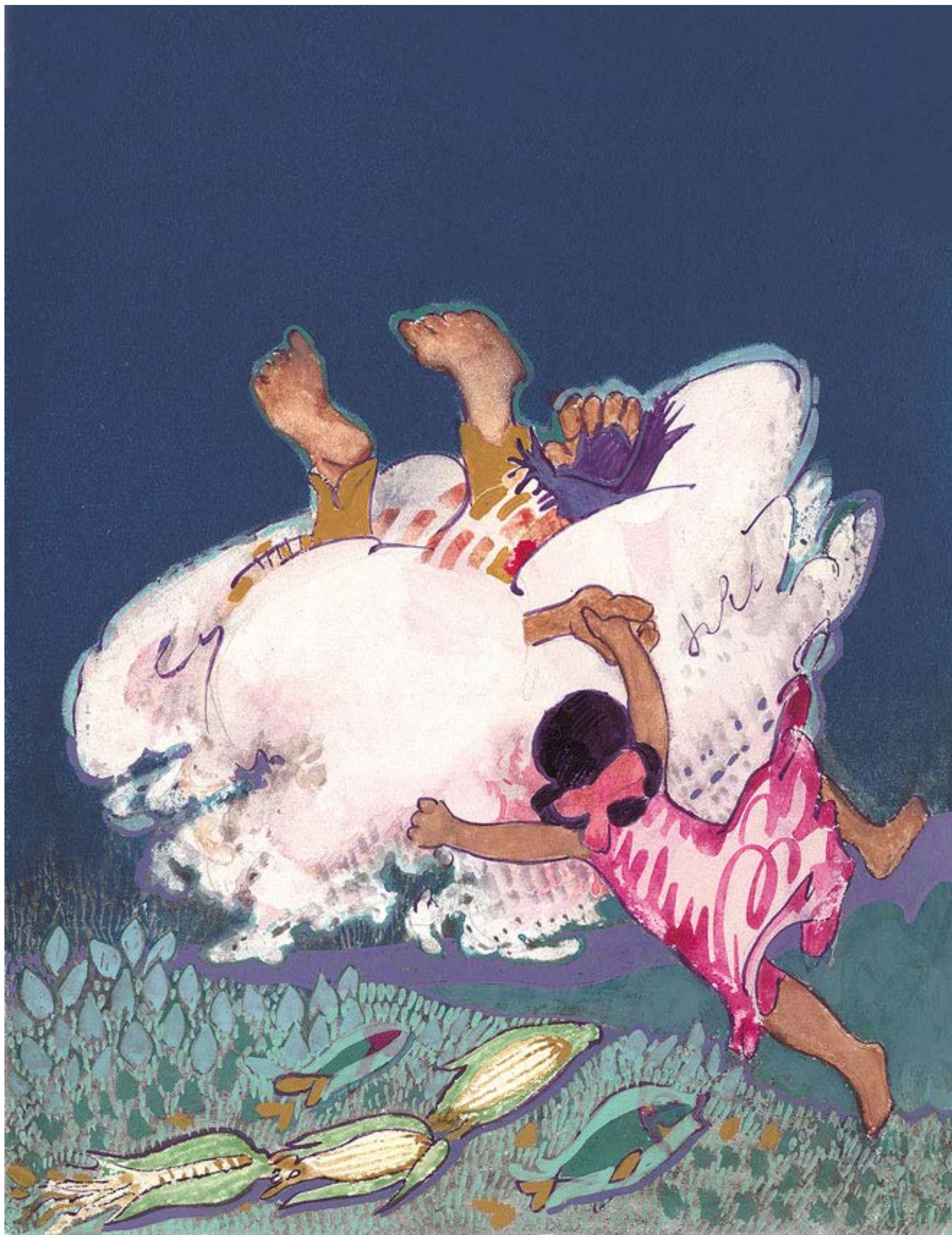
—Súbete, rápido.

—¿Qué vamos a hacer?

—Irnos de viaje, darle la vuelta al mundo. Yo sé de eso, ¿qué no ves que soy *vagamundos*?



Vamos a soñar que es lo mismo que viajar; las
nubes son muy sabias y al ratito, cuando nos
cale mucho el hambre, bajaremos a cortar elotes
tiernos. Súbete, súbete, pero pícale tú también,
nube...



La nube se levantó graciosamente llevando en sus brazos a la niña y al vagabundo. Y antes de que los marchantes y las señoras que regatean en el mercado pudieran alzar la vista y hacerse cruces, habían desaparecido en el horizonte.



Créditos

Texto: Elena Poniatowska y Magda Montiel S.

Ilustración: Antonio Esparza

Diseño original: Cynthia Valdespino Sierra



Por esta edición digital

Consejo Nacional de Fomento Educativo

Coordinación general

Carmen Gladys Barrios Veloso

María del Carmen Herrero Mejía

Pedro Antonio López Salas

Coordinación editorial

Samuel Josué Aguayo Mejía

Rosa María Díaz Álvarez

Verónica Noyola Valdez

Coordinación de Normatividad, Producción y Vinculación Editorial

Producción digital

Dulce Mariko Lugo García

Abigail Orduña Ruiz

Maresa Oskam Roux

Jorge Eduardo Rodríguez Uribe

Paola Zorrilla Drago



Directorio

Esteban Moctezuma Barragán

Secretario de Educación Pública

Cuauhtémoc Sánchez Osio

Director General del Consejo Nacional de Fomento Educativo

Samuel Torres Pérez

Director de Educación Comunitaria e Inclusión Social

René Fujiwara Apodaca

Director de Educación Inicial

Sagrario Conde Valerio

Directora de Cultura y Difusión



La vendedora de nubes

Edición 2020

D.R. © Consejo Nacional de Fomento Educativo
Avenida Universidad 1200, Xoco,
Ciudad de México, C.P. 03330

ISBN